

las afrentas del Hijo; y finalmente nos habla del Corazón de María lastimado, traspasado, quebrado por el dolor y cubierto de pena y amargura. Las citas podrán creerse prolijas; pero está en ellas todo el valor del presente artículo, y no podemos excusarlas.

Hablando con la Virgen en su soledad, le dice el Beato:

«¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores?... ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste?—Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu Corazón, tan grande la angustia. Si supiédes conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió...» (59)

Ya hemos visto anteriormente que esta regla tiene su aplicación todo a lo largo de la vida de la Virgen: su amor es causa de su martirio doloroso durante la pasión de Jesucristo; pero lo será también de su martirio gozoso cuando, después de la Ascensión, se dilate su destierro y suspire por la vista clara de su Dios e Hijo. (60)

El Beato no puede apartar su vista de la Virgen Dolorosa, y nuevamente se dirige a Ella:

«¿A quién te compararé? ¡Oh Virgen Santísima!, ¿cuál estaba tu Corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, entrando las aguas de los tormentos hasta lo interior de su Corazón (Ps. 68, 2)?—Subido han las olas tempestuosas de las aguas hasta zambullir tu Corazón; menester fué ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por Tí pasa... ¡Oh lastimado Corazón que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como malhechor y decirle tantas injurias!... Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo.» (61)

A quien preguntase la razón o causa de tantos dolores, el Beato le respondería fácilmente: en el Corazón de la Virgen reuníanse cuantos en su sagrado cuerpo y en su alma benditísima padecía Jesucristo:

«Oh!, bendito seáis Vos, Señor, que fuistes servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban a Jesucristo en el cuerpo, era una lanzada

(59) Soledad de la Sma. Virgen María, nro. 7; vol. II, pág. 774.

(60) Recuérdese el texto señalado en la nota 8.

(61) Soledad de la Sma. Virgen Maria, nro. 7; vol. II, pág. 775.